

La otra abuela

Alejandra Medina Vázquez

Image not found.

Capítulo 1

La cabaña estaba oscura, tal vez era el resplandor del sol, ya que habíamos estado en el campo toda la mañana y entrar a un lugar de poca luz, enceguecía de pronto, pero, de cualquier modo se alcanzaba a ver al anciano en una esquina de la casa, una silueta semi blanca, delineada apenas por el humo de su cigarrillo; en cambio a ella si la veía bien, anciana, de cabello blanco y negro, perfectamente trenzado, anudado con un lazo claro, su falda larga y negra, hecha de lana de telar, su blusa bordada, con motivos indígenas y su rebozo moteado en blanco y negro, olía a humo, a ocote, olía a mañana fresca y brazos tibios, ella estaba sentada en la mecedora de la entrada del jacal y abría el rebozo en señal de invitación para el abrazo.

El campo siempre me recordó a esa anciana en esa posición una y otra vez, no hay más que eso, en cambio, el sabor y la sensación de sentirme tranquila, me ha acompañado siempre.

Vivía en el municipio de Cuajimalpa, mi padre me llevaba a visitarla, pero antes corríamos por las praderas, había una especie de trigo maduro y yo, al fin niña, me internaba en ese lugar riendo a todo pulmón, estiraba los brazos y las vainas me hacían cosquillas en los antebrazos, corría y reía, luego llegaba con mi padre que me indicaba quedarme quieta en ese espectacular panorama, para que él pudiera copiarme en un lienzo de óleo y pastel; no permitía que yo espicara ¡no! Era una sorpresa que solo vería su madre. No me importaba porque yo ya había disfrutado ese paseo increíble por la pequeña montaña que colindaba con la casa de los abuelos.

Cuando el sol estaba alto, era la hora de recoger todas las cosas que habíamos llevado e ir a comer con los abuelos.

Ella, me arrullaba en su regazo y yo me quedaba dormida hasta que despertaba tres horas después en otro regazo, otro olor, esta vez era fresco a colonia de recién bañada, en otro rebozo, igual negro con blanco pero de diferente persona, otra sonrisa que nada más verme, se abría y me regalaba una chispa de emoción al mostrar los dientes blancos; mi abuela materna.

Tomaba el baño, en tina, con una esponja que apenas rozaba mi piel y además de eso, los susurros de mi abuela que no sé por qué cantaba en esos momentos. Luego la merienda y a dormir de nuevo.

Pocas veces visité a la madre de mi padre, pero cada que toco la tierra, es como si volviera a verla, con una sonrisa chimuela, con su olor a anafre

recién encendido y su campo a la salida de su casa, con su rebozo tibio
iinvitandome un abrazo!